

CAPÍTULO IX

EMPERADORES ISÁURICOS, 711-802 (1).

Filépico Bardanes.—Si el derecho hereditario daba tan malos jefes al imperio de Oriente, no se los proporcionaba mejores la forma electiva. Reanimadas fueron las controversias religiosas por Bardanes que, sectario ferviente del monotelismo, y a fin de que aboliera las condenas pronunciadas por el sexto concilio ecuménico, convocó un sínodo de obispos favorables a esta doctrina. Entonces los romanos negaron al nuevo emperador la obediencia y depusieron al exarca: hasta llegó el caso de esgrimir las armas, y no sin grandes afanes consiguió el pontífice, auxiliado por el clero, separar a los combatientes.

Entre tanto los árabes estaban en actitud amenazadora: bajo pretexto de vengar a Justiniano II invadieron los búlgaros la Tracia, aunque después de haberse adelantado hasta las puertas de Constantinopla, retrocedieron impunes y hartos de botín y de sangre. De esta suerte todo contribuía a que se aborreciera y despreciara a Bardanes. Finalmente, Rufo, uno de sus oficiales, ganado por los patricios Jorge y Teodoro, entra en el palacio en el momento en que el emperador dormitaba después de un opíparo banquete: le envuelve en su manto y le traslada en sus brazos al hipódromo, donde le sacan los ojos (3 junio de 713). Acto continuo es enviado a un monasterio, para espiar allí un reinado de diez y siete meses.

Arroja de sí tan escasa luz la pomposa fraseología de los historiadores bizantinos, que no sabemos a qué se refieren cuando hacen mención del pueblo, ni por quién era este representado bajo aquel despotismo. Quizá el fantasma del Senado recuperaba alguna autoridad en los interregnos, y

(1) SCHLOSSER, *Gesch. der bildersturmenden Kaiser.*

de acuerdo con el clero, se apoyaba entonces en el asentimiento tumultuoso del ejército y de la plebe ciudadana.

Anastasio II.—El pueblo, pues, reunido en Santa Sofía, proclamó a Artemio, secretario de Estado. Tomó el nombre de Anastasio II, y al mismo tiempo que se aprovechaba de la traición, condenó a Jorge y a sus cómplices a la pena impuesta a Bardanes. Instruido y experimentado, se aplicó a restablecer la paz en la Iglesia, aceptando la autoridad de los seis concilios, y sometiéndose al papa.

Leon Isáurico.—Puso al frente de los ejércitos a un tal Leon, nacido en Isauria, de padres pobres, que se habían trasladado a la Tracia para hacer allí el comercio de bestias. Cierta día obtuvo Leon de su padre permiso para llevar en persona quinientos carneros al emperador Justiniano II, el cual tenía suma necesidad de viveres. Tanto el hecho en sí, como los modales francos del mancebo, agradaron al príncipe, quien le colocó en sus guardias. Celoso y valiente hizo tales progresos en su carrera, que el emperador, concibiendo celos de él, le envió entre los alanos para impelerles a hacer la guerra a los ávares, acompañando este encargo de promesas tanto más generosas, cuanto que no pensaba cumplirlas. Leon salió airoso de su empresa; pero, habiendo encontrado, a su vuelta, destrozado el ejército romano, penetró con cincuenta alanos solamente en las montañas, reunió allí cuatrocientos fugitivos, puso en derrota a una división enemiga, se apoderó de algunos bastimentos, y volvió como por milagro a Constantinopla. Admirando Anastasio II su habilidad y su valor, le confió un ejército numeroso para defender el Asia Menor contra los sarracenos. Informado a este tiempo de que el califa Soliman había hecho inmensas cortas en los bosques del Libano, para equipar una poderosa escuadra, se apresuró el emperador a armar

otra capaz de hacerle frente, y confió el mando de ella a Juan, diácono de Santa Sofía.

Teodosio III.—Pero al llegar a Rodas se amotinaron los soldados contra su caudillo y le dan muerte; desesperando luego de alcanzar perdón, declaran a Anastasio indigno del trono, proclaman, en su lugar, a Teodosio, oscuro recaudador de impuestos en Adramito de Anatolia y hacen que se vista la púrpura a viva fuerza (716).

Al saber esta noticia, fortifica Anastasio a Constantinopla, luego se refugia en Nicea de Bitinia; pero Teodosio llega a atacar la capital y se apodera de ella al cabo de seis meses de asedio; y Anastasio, bajo promesa de salvarle la vida, renuncia un trono que acaso hubiera ilustrado con sus virtudes. Teodosio III, a cuyas plantas llega a arrojarle en traje monástico, le confina a Tesalónica.

Quedábale un adversario más temible en Leon el Isáurico, que rehusando someterse a Teodosio, se disponía a sostener a su bienhechor, cuando el árabe Moslem, hermano del califa, deseoso de sembrar la discordia en el imperio, le escribió: *Digno eres de reinar; acude a nosotros, te alargaremos la mano, y ajustaremos una paz ventajosa para todos.* Leon se convino, y fué saludado agosto por los árabes (717). Enseguida aspiraron a cortarle la retirada, pero supo abrirse paso a la cabeza de trescientos valientes. También le apoyaba el armenio Artavasdes, su yerno, que gozaba de gran concepto entre sus compatriotas; de modo que contando con fuerzas bien dispuestas y perrechadas se dirigió a Nicomedia. Habiendo encontrado al hijo de Teodosio, lo venció y le hizo prisionero: luego marchó sobre Constantinopla, siendo saludado como emperador en todas partes. Teodosio, que había admitido el cetro contra su voluntad, envió sin sentimiento al patriarca y a los principales senadores, para que se lo entregaran a Leon (mayo); enseguida se hizo ordenar sacerdote con su hijo y tornó a la oscuridad, de donde había salido a pesar suyo. Retirado a un convento de Efezo, se dedicó allí a copiar, en letras de oro, los evangelios y los salmos, y en el momento de morir, quiso que se inscribiera sobre su tumba la palabra *ΥΠΕΙΑ*, curación.

Abrióse delante de Leon victorioso, la puerta de Oro de Constantinopla, en medio de las ruidosas aclamaciones del pueblo, que sin desengañarse nunca en virtud de una larga experiencia, cree siempre mejorar en cada nuevo reinado. Sin embargo, entonces había motivos para esperar algo bueno: la bravura de Leon prometía un defensor valiente, y su laboriosidad un hábil administrador. Había jurado en manos de los obispos respetar los decretos de los concilios y las decisiones de la Iglesia; pero el resultado estuvo muy lejos de corresponder a las esperanzas, pues quiso mostrarse heresiarca en un trono que habían perturbado ya tantos herejes.

Culto de las imágenes.—Sábese cuanto horror

HIST. UNIV.

había inspirado Moisés a los hebreos, respecto de toda representación figurada, ora de hombre, ora de la divinidad, con intención de precaverles contra su inclinación a confundir la imagen con la cosa representada. Salidos de la sinagoga los cristianos, es probable que se abstuviesen, al principio, de representar a las personas que veneraban y a Dios; y no son pruebas suficientes de lo contrario las imágenes de que la tradición habla en los primeros tiempos del cristianismo.

Pero además de lo natural que es al hombre el contemplar con respeto la semejanza de aquellos a quienes ha querido o venerado, los romanos tributaban una especie de culto a los retratos de los emperadores vivos o muertos, por lo cual los cristianos deseosos de hacer redundar en provecho de la verdad los instrumentos de la mentira, es probable que no tardaran en reproducir la efígie de Cristo y de los Apóstoles (2). A veces puede estraviarse la ignorancia vulgar hasta el punto de confundir con el original la copia, y adorar la que no tenía otro destino que elevar el alma al Criador; y por eso algunos padres y concilios reprobaron las imágenes, fuese efecto del carácter particular de aquellos o del peligro especial que de estas resultase. No obstante, la Iglesia, que inmutable en cuanto al dogma, se doblega, por lo que respecta a los ritos y a la disciplina, a la conveniencia de los países y de los tiempos, encontró inútil este rigor cuando cesó la razón que lo había apoyado, esto es, el temor de la idolatría, de la cual no se divisaba la menor sombra en sus doctrinas.

Cuando se propagó el cristianismo, cuando ocupó los lugares en que dominaba el politeísmo y convirtió a un uso sagrado las cosas profanas, se multiplicaron las imágenes del Salvador y de los santos, siendo a propósito las historias del Antiguo y Nuevo Testamento, para dar a las artes el pasto que hasta entonces les había suministrado el gentilismo y cautivar las miradas de los bárbaros, a quienes la curiosidad de conocer la significación de las pinturas hizo a veces elevarse hasta el conocimiento de las verdades morales del Evangelio.

Cuando Nestorio pareció ultrajar a María con negarle el título de la madre de Dios, fué representada en todas partes con el niño divino en sus brazos. Ciertas imágenes, *no hechas a la mano* (*ἀχειροποίητος*), adquirieron especialmente inmensa voga: tales eran el lienzo con que una mujer piadosa (3) había enjugado el rostro del Redentor paciente, y el santo sudario en que fué envuelto exangüe, habiendo conservado ambos su imagen divina.

Digase lo que se quiera, hasta el Norte hacia

(2) Véase tomo III, pág. 334.

(3) *Φερον υχονα*, *porta-imagen*, palabras de que la tradición ha sacado una Santa Verónica.

uso de las imágenes antes de Carlomagno: y el venerable Beda, describiendo una iglesia anglosajona, edificada por San Benito en 680, se espresa de este modo: «Hermoseaban la nave las efigies de la Virgen y de los Apóstoles: en el ala del mediodía estaban representados los principales pasajes del Evangelio; en el Norte las visiones del Apocalipsis... No podía entrar allí el más tosco aldeano sin sacar útiles enseñanzas, sin deleitarse en contemplar la dulzura de Jesucristo y las facciones de sus fieles siervos; ó bien estudiaba los sublimes misterios de la Encarnación y de la Redención, y el espectáculo del Juicio final le enseñaba á aplacar la justicia del Todopoderoso.» (4)

Habíanse introducido en esto abusos como en todas las cosas humanas, tanto más fácilmente entre pueblos apenas salidos de la idolatría, que ya fuera bárbara ó culta, había tomado por carácter la defecación de la criatura. Indignado Sereno, obispo de Marsella, de ver confundido á menudo el signo con la cosa, hizo sacar fuera de las iglesias y reducir á polvo ciertos simulacros, que, no solo eran venerados, sino hasta adorados. Habiéndose informado de esto Gregorio Magno le escribió de esta suerte: «Alabo tu celo en estorbar que se adoren simulacros hechos por mano de hombres; pero en mi sentir, no debieras haberlos hecho pedazos, en atención á que están colocados en las iglesias con el fin de que los que no saben leer vean en las paredes lo que no pueden aprender en los libros. Mejor hubieras hecho en conservar las imágenes, diciendo al pueblo que es un error adorarlas.» (5)

Aplicaba, pues, la Iglesia á este culto aquella justa moderación que favorece el vuelo de las bellas artes, fascina la imaginación, socorre á los espíritus contemplativos, mas sin caer en la idolatría. Pero el ignorante profeta de la Arabia había proscrito toda imagen, tanto por atenerse á las ideas que había copiado de los judíos, como para estirpar de entre sus compatriotas todo germen de politeísmo: sus sucesores las destruyeron donde quiera que llevaron sus armas: Yezid II prohibió á los cristianos tributarios suyos tenerlas en las iglesias, y Leon el Isáurico pudo ver los efectos de esta prohibición cuando hacia la guerra en Asia. No hay, pues, necesidad de creer, como se cuenta, que en el tiempo en que guardaba los rebaños de su padre le habían presagiado los judíos la más alta fortuna, á condición de que destruyera lo que llamaban idolatría. Cuando posteriormente ascendió aquel al trono que hubiera sido locura esperar, ejerció la autoridad que se abrogaban sobre las cosas eclesiásticas los emperadores de Constantinopla, prohibiendo el culto de las imágenes (726).

Parece que en un principio se limitó á esto, dejándolas subsistir por otra parte, y queriendo solo

(4) Véase AB. WIREM. pág. 295; *Hom. in nat. d. Benedicti*, tomo VII, col. 565.

(5) *Epist.* VIII, 10.

que fueran colocadas á bastante altura para que no pudieran alcanzar á ellas los besos de los fieles; pero estas fueron órdenes, no una instrucción, y órdenes dadas sin que se consultara al sínodo. De aquí resultaron serios rumores; se supuso que Leon procedía de este modo por inspiración de los mahometanos y de los judíos; que el deseo de convertirlos á la fe cristiana le determinaba á hacer esta concesión á su antipatía; rumores que, á semejanza de las que quedan mencionadas, dan testimonio de que la veneración á las imágenes estaba muy arraigada y consentida. Aunque los preladados griegos se mostraban con bastante frecuencia sumisos á la voluntad imperial, entonces el patriarca German protestó contra este incompetente decreto, y escribió al papa así como á los demás obispos, apoyando el culto de las imágenes con razones, autoridades, y los muchos milagros que á ellas se debían.

Iconoclastas.—Mientras discutía la Iglesia, recurria el emperador á la fuerza y el pueblo á los motines. Agriado Leon en vista de tal resistencia, fulminó las órdenes más severas y quiso que fueran observadas. Mandó echar abajo un crucifijo, que se hallaba en el vestibulo del palacio; opusieronse á ello las mujeres, con súplicas primero, y como no consiguiéran nada, dejaron caer de la escalera al ejecutor del decreto. Leon apaciguó el tumulto haciendo correr sangre, multiplicó contra los que resistían atroces suplicios y desterró al patriarca German. Estaba anexa al palacio una biblioteca de treinta mil volúmenes, cuya dirección tenían Leuménico y otros con doce que enseñaban allí las ciencias sagradas y profanas á espensas del Estado. Por lo común los emperadores no tomaban ninguna resolución importante sino después de haber consultado á aquellos hombres ilustrados. Sin pedirles Leon su dictámen quiso que aprobaran lo que había hecho; y no pudiendo inducirles á ello, hizo rodear de llamas el edificio, donde se quemaron los libros y sus guardadores. Estas eran las razones del Enrique VIII del Oriente. Ofendido el pueblo en sus más sagradas afecciones, alzaba por todas partes murmullos y vociferaciones contra el rompe imágenes (*iconoclasta*). La Grecia y las Cíclades se sublevaron furiosas y proclamaron emperador á Cosma, y enviaron una escuadra contra Leon, cuyo valor reprimió la rebeldía, no el descontento. Donde quiera se multiplicaban la aflicción y las violencias: allí donde se presentaban los emisarios de Leon para derribar las imágenes, se armaba el pueblo de piedras y de cuchillos para defenderlas; pero el emperador quería ser obedecido; y cárceles y suplicios aguardaban á los recalcitantes.

Dirigióle el papa Gregorio II dos cartas esponiéndole la doctrina de la Iglesia sobre este asunto; pero por toda respuesta duplicó el iconoclasta sus exigencias y amenazas. Acreditando Gregorio III el mismo celo con menos contemplaciones, le escribió también con más energético tono, hasta echarle en cara su presunción ignorante y amena-

zarle con ver sublevada á la Italia toda. «Por qué, le decía, no has consultado, como emperador y jefe de los cristianos, á las luces de hombres instruidos y espertos? Ellos te hubieran enseñado el motivo por que si prohibió Dios adorar las obras de los hombres, fué á causa de los ídólatras que habitaban la tierra prometida. Dices que adoramos piedras, paredes, tablones. Solo la ignorancia te puede hacer creer esto, atendido que lo hacemos únicamente en memoria de aquellos cuyo nombre llevan estos objetos, presentándonos su semejanza, y á fin de elevar al cielo nuestro espíritu torpe y grosero. Dios nos libre de considerarlas como dioses, y de poner en ellas nuestra confianza; más decimos á la imagen de nuestro Señor: *Señor Jesús, socorrednos y salvadnos*; decimos á la de su santa madre: *Santa Maria, rogad á vuestro hijo que salve nuestras almas*; si es la de un mártir, decimos: *San Estéban, vos que derramásteis vuestra sangre por Jesucristo, y que podeis tanto con él, rogad por nosotros.*»

El sacerdote Jorge, que debía presentar esta carta, no tuvo valor para realizarlo y se volvió con ella. Gregorio quería deponerle, sino se hubiera resignado á llevarla; pero fué preso en el camino por los soldados imperiales, quienes le metieron en un calabozo, después de quitarle el pliego. ¿Y cuál fué la respuesta del Isáurico? *Enviare á Roma gentes que derriben la imagen de San Pedro: procederé con el papa Gregorio como Constante con Martin, arrancándole de su sede cargado de cadenas.* Pero el papa le replicó: «Los pontífices son mediadores y árbitros de la paz entre Oriente y Occidente y no nos asustan tus amenazas. Estamos en seguridad á algunas millas de Roma. Fijas se hallan en nuestra humildad las miradas de las naciones: ellas veneran aquí abajo como á un dios al apóstol San Pedro, cuya imagen amenazais hacer pedazos. Los reinos más remotos de Occidente tributan homenaje á Cristo y á su vicario, y sólo tú eres sordo á su acento. Si persistes, sobre tí caerá la sangre que llegue á derramarse.»

El papa ya conocía que podía hallar apoyo entre las naciones nuevas contra la opresión del mundo antiguo; y apercibiéndose de las maquinaciones urdidas en contra suya, veló por la seguridad de su persona, al mismo tiempo que informó á la Italia de cuanto acontecía. Lejos de obedecer al emperador contra el papa los pueblos de la Pentápolis así como los venecianos, se declararon por el culto de sus mayores, y cesó entre ellos toda sumisión á las órdenes de Constantinopla. Haciendo uso el pontífice de sus armas, reunió á noventa y tres obispos de Italia, quienes fulminaron anatemas contra los que destruyeran, profanaran ó insultaran las imágenes santas (731).

Al saber estas noticias montó Leon en cólera, y no pudiendo nada entonces contra la vida de los rebeldes, les atacó en sus fortunas, aumentando en una tercera parte el tributo y la capitación de Calabria y Sicilia, donde secuestró los dominios

de la Santa Sede. Enseguida armó una escuadra numerosa para avasallar la Italia; pero la escuadra fué dispersada por una tempestad, y el emperador no se encontró en estado de oponerse á la independencia de aquel bello país.

Mientras Leon perdía de este modo algunas hermosas provincias y sembraba en las otras disturbios, se envalentonaban los sarracenos. Aquel Moslem que le había animado á apoderarse de la diadema, sorprendió entonces á Pérgamo, aunque sus moradores habían creído hacerse inespugnables degollando á una mujer en cinta, y metiendo sus manos en el agua en que habían puesto á coeer el feto (6). Constantinopla se vió enseguida nuevamente asediada por mil ochocientas velas y ciento veinte mil guerreros; pero violentas tempestades y el fuego griego destruyeron aquella formidable armada. De esta suerte se vió desembarazada la capital al cabo de seis meses, y la circunstancia de salvarse, á pesar de la pérdida de sesenta mil personas, se pudo considerar todavía como un señalado triunfo. Para vengarse el irritado califa mandó asesinar á todos los cristianos que se negaran á abrazar el islamismo, lo cual aumentó el número de mártires.

Durante estos disturbios, Sergio, gobernador de Sicilia, concibe el pensamiento de declararse independiente, haciendo proclamar emperador á un tal Tiberio; pero es vencido por Paulo, oficial del palacio, que mata al usurpador, y Sergio para salvarse se refugia en el país de los longobardos. Anastasio, que había pasado del palacio imperial á un convento, no supo permanecer allí tranquilo; habiendo tomado á sueldo un ejército de búlgaros, ensayó nuevamente la senda peligrosa del trono, si bien á la primera resistencia que experimentaron los búlgaros le entregaron en manos de Leon, quien hizo rodar su cabeza juntamente con la de sus cómplices. También fué apoyado por Soliman un pretendido hijo de Justiniano II, á quien se ciñó en Jerusalem la corona; pero el ejército griego le derrotó, y le dió muerte.

En suma, Leon, valiente y experimentado en las cosas de la guerra y no menos sagaz en el gobierno, hubiera podido dar gran impulso al imperio griego, si él mismo no hubiera escitado en lo interior el descontento, y roto el vínculo que unía á las provincias aun existentes. Tuvo un hijo que recibió el nombre de Constantino, y fué apellidado Coprónimo, porque al celebrarse su bautismo había manchado las sagradas fuentes. Hizo que se le coronara cuando aun estaba en la cuna; luego le dió por mujer la hija del kakan de los cazaros, que tomó en el bautismo el nombre de Irene, es decir, Paz.

Cazaros.—Estos cazaros, de nación finica, á quienes ya hemos mencionado muchas veces, eran designados á veces con el nombre de turcos orientales.

(6) TEOF. CEDRENO, *ad. Leon.*

tales, gobernados por un kakan y por *begos* ó magnates. Habían intentado cruzar á través del Cáucaso desde el centro del Asia, aunque contenidos por los árabes, que guardaban las Puertas Caspias, torcieron hácia el Occidente y ocuparon gran parte de la Crimea (600), confinante con los esclavos establecidos entre el Dnieper y el Don, á quienes se obligaron á pagar tributo. Habiéndose adelantado todavía más al Poniente, restauraron el imperio de los ávares, y estendieron su dominación desde los montes Carpatos hasta el Euxino: deseosos no obstante de engrandecerse hácia Levante, hicieron con más éxito otra nueva tentativa sobre el Cáucaso y la Armenia, é invadiendo la Persia, alcanzaron allí señaladas victorias y un rico botín (626). De consiguiente, nada podía ser más favorable al imperio que la alianza celebrada por Leon, puesto que, acometiendo el kakan á los árabes, les apartaba del propósito de atacar á las provincias griegas, al mismo tiempo que los cazaros disminuían en número á causa de las guerras, y se civilizaban por el roce con otros pueblos.

Constantino IV, Coprónimo, 741.—Apenas murió Leon después de veinte y cinco años de reinado, Constantino su hijo se puso en marcha contra los árabes, pero mientras se ocupaba en combatirlos, su cuñado Artavasdes divulgó la noticia de que había perecido en su expedición, y se hizo proclamar agosto. Se ganó el aura popular declarándose celoso defensor de las imágenes, y el patriarca Anastasio, que en el reinado precedente se había mostrado ardoroso iconoclasta, cambiando de opinión á cada momento, convocó al pueblo á Santa Sofía, y allí teniendo su mano encima del madero de la verdadera cruz, exclama: *Juro por el que murió en esta cruz, que Constantino me dijo un día.—Creo que el Hijo de María no era más que un hombre, y que María le dió á la luz del mundo del mismo modo que á mí me parió mi madre.* Horrorizado el pueblo al oír tal blasfemia maldijo á Constantino; pero sostenido éste por el ejército en que había gran número de iconoclastas, volvió, y entonces tuvo principio una encarnizada guerra, tanto más cruel cuanto que era al propio tiempo civil y religiosa (7), si bien acabó aquel por encerrar á sus enemigos en Constantinopla, á quienes redujo tras de una larga hambre (743). Abandonada fué la ciudad á la codicia é impiedad de los vencedores. A Artavasdes le sacaron los ojos, como igualmente á sus dos hijos Nicéforo y Nicetas. Sus parciales fueron mutilados ó desterrados: se condenó á ser azotado al patriarca Anastasio, paseándole por la ciudad sobre un asno con el rostro vuelto hácia la cola, y conservándole á pesar de todo en su silla, porque al decir de Ce-

(7) «La mas feroz que ha tenido lugar desde que el mundo es mundo» dice CEDRENO *ad ann. I Const.* autor también del relato precedente.

dreño, no se encontró otro peor para que le sustituyera.

Entonces Constantino volvió contra los árabes, en el momento en que habían venido á las manos los Omíadas, los Abasidas y los Siitas; y favorecido por las circunstancias alcanzó ventajas sobre el enemigo, se apoderó de Germanicia en Siria y de otras plazas fuertes: habiendo sorprendido después á la escuadra dirigida sobre Chipre por los sarracenos, la echó á pique (746). Aquel hubiera sido el momento de llevar adelante las victorias, pero le sobrecogieron prodigios espantosos. Terremotos espantosos asolaron el Asia y sepultaron á muchas ciudades. Estuvo oscurecido el sol desde el día 4 de agosto hasta principios de octubre, hasta tal punto que apenas se distinguía el día de la noche: un invierno extraordinario en aquellos climas heló los dos mares hasta cien millas de distancia de la costa, y la nieve se alzó á veinte codos sobre esta costra helada; luego en la época del desleimiento, inmensas moles de flotantes témpanos llegaron á batir los muros de Constantinopla (8). Por último se descubrió un cometa en forma de viga inflamada, durante diez días al Occidente, y durante veinte y uno al Levante, con grande espanto del vulgo y singular sorpresa de los pobres cronistas que se titulaban historiadores.

Mayores estragos fueron aun producidos por la peste, que después de haberse declarado en Calabria, donde fué mortífera hasta lo sumo, se derramó por Sicilia, Grecia, por las islas Egeas y Constantinopla, á la cual desoló por espacio de tres años.

Constantino había dirigido una nueva expedición á Armenia, cuando fué llamado por una irrupción de búlgaros en la Tracia. Al adelantarse en contra suya le sorprendieron y derrotaron en un desfiladero. Vuelto á la carga, les venció á su vez sin perder á uno siquiera de los suyos, lo cual hizo dar á esta campaña el nombre de *guerra noble*. Elerico, rey de los búlgaros, sospechando de si sería debida á la traición tan fácil victoria, recurrió al artificio, y escribió al emperador manifestándole, que cansado de guerra quería abdicar y vivir como simple particular en Constantinopla. En su consecuencia, le rogaba que le indicase las personas de su corte de que convendría fuese acompañado. Satisfecho el emperador, y considerando Elerico delincuentes de inteligencias con él á los que le designó, les hizo morir á todos.

Adelantábase Constantino con ánimo de tomar venganza de semejante agravio, cuando atacado en el camino por el carbunco pestilencial murió después de haber reinado veinte y cuatro años (14 setiembre de 775). Príncipe valeroso, supo defender el imperio contra los diversos enemigos que le

(8) TEOFIL. *ad am Const.* 23 y 24. Este acompañado de treinta personas, atravesó el Helesponto, caminando sobre hielos flotantes.

atacaron, y se mostró moderado y prudente en sus actos. Sin embargo, le califican los escritores de disoluto hasta el esceso; le pintan cubierto de úlceras vergonzosas, y tan degradado en sus deleites, que se frotaba el cuerpo con inmundicias, y obligaba á sus cortesanos á hacer otro tanto: brutal con los que le rodeaban hasta el punto de darles golpes, y asustadizo en presencia de fantasmas que se le aparecían en sueños. Exageraciones procedentes sin duda de que persiguió cruelmente á ejemplo de su padre á los que se negaron á someterse al edicto que prohibía honrar á las reliquias y á los santos. También prohibió abrazar la vida monástica, y confiscó las casas religiosas, obligando á los monges á casarse con insultante boato, haciéndoles quemar la barba, y obligándoles á pasear por el hipódromo con mujeres del brazo. Tornó á poblar á Constantinopla, destrutada por la peste, llamando á su recinto colonias de iconoclastas, y reunió bajo la presidencia de Teodosio, arzobispo de Efeso, un concilio de sacerdotes inficionados con la heregía (754), quienes declararon falsa la doctrina católica concerniente á las imágenes. Vióse, pues, entonces renovarse la atrocidad de los suplicios y la constancia de los mártires. Los monges de Monte Santo y Estéban de Auxencia especialmente, sufrieron tanto el juicio como los tormentos y la muerte, más bien que renunciar á este culto. Todavía opusieron mas enérgica resistencia á las órdenes de este emperador los italianos; de donde provino la destrucción de la dominación griega, y el origen del poder temporal de los papas en la Pentápolis, según veremos más adelante.

Leon IV, Cazaro—Leon, hijo de Constantino, apellidado el Cazaro á consecuencia de la nación á que pertenecía su madre, fué asociado al imperio cuando apenas contaba un año. Gobernó después solo á la muerte de su padre, y en breve tomó por colega á su hijo Constantino. Para asegurarle la corona, recurrió á los ritos más adecuados para ligar la conciencia y herir la imaginación de los griegos, haciendo prestar á los grandes y al clero, sobre el madero de la verdadera cruz, el juramento siguiente: *Por nuestra fe en Jesucristo, velaremos por la seguridad de Constantino; espondremos en su servicio nuestra vida, le seremos fieles así como á su descendencia.* De orden suya fué depositada el acta de este juramento en el altar de Santa Sofía. Con esto aspiraban los emperadores á evitar los disturbios que á cada sucesión al trono conmovían el imperio, al cual no hubiera proporcionado sosiego ni aun la servidumbre. Aun entonces Nicéforo, cuñado de Leon, intentó trastornar el Estado, si bien fué descubierto. Como se exhortara al emperador para que le condenara á muerte en union de su hermano, que no se había hecho complice suyo, aunque le amaba en extremo, respondió: *Al revés, perdono á Nicéforo culpable por Cristóbal inocente,* y le confinó á Querson.

Leon hizo con algun éxito la guerra á los árabes,

quienes en venganza destruyeron las iglesias de Siria; pero debió hallar un consuelo en la conversión de Elerico, rey de los búlgaros, que se dirigió á Constantinopla para recibir allí el bautismo. Leon le concedió el título de patricio, con la esperanza de tranquilizar de este modo á sus inquietos vecinos.

Sin embargo, el mismo Leon hizo renacer disturbios en el país (779), mostrándose á su vez hostil al culto de la Virgen y de los santos, y habiendo hallado en el oratorio de su mujer Irene algunas imágenes piadosas hizo morir en medio de atroces tormentos á los que se la habían proporcionado, y no quiso partir más con ella su lecho. Se creyó ver el dedo de Dios en lo que le aconteció cuando tuvo el antojo de hacer quitar del altar de Santa Sofía una corona enriquecida con piedras, regalo del emperador Mauricio. Apenas la ciñó á sus sienes, se le señalaron en la frente manchas lívidas y pestilenciales, y murió el mismo día (8 setiembre de 780).

Constantino V, Porfirogénito.—Había tenido de Irene á Constantino, apellidado *Porfirogénito*, porque nació cuando su padre estaba ya revestido con la púrpura. Tampoco empezó el reinado de este príncipe sin grandes vaivenes, porque muchos señadores unidos á otros personajes ilustres, urdieron una trama en favor de su tío Nicéforo que ya había intentado enseñorearse del poder, según llevamos dicho. Pero habiendo descubierto Irene la conjura, castigó á los delincuentes con azotes y con el destierro; á fin de estirpar el mal en su raíz, obligó luego á todos los hermanos de Leon á recibir las órdenes sagradas, y á administrar la Eucaristia al pueblo en las fiestas de Navidad.

También se rebeló en la Sicilia el gobernador Elpidio, seducido acaso por el ejemplo del resto de Italia, si bien tuvo que refugiarse entre los moros de Africa por haberle espulsado de la isla el patriarca Tiberio: habiéndole proclamado aquellos emperador, produjo tal espanto, que Irene se resignó á entrar con él en negociaciones y le señaló una subvención anual. Trató ésta igualmente con los árabes que se habían hecho dueños de la Grecia y del Peloponeso, y les confirmó estas posesiones á costa de un tributo.

Por este tiempo Carlomagno se engrandecía en Occidente, y entre él é Irene se trató de un parentesco que reuniese ambos imperios. El eunuco Eliseo, enviado por ella á la corte del rey franco, permaneció allí instruyendo en el idioma y en los usos griegos á la princesa Rotrudis, que había sido prometida en matrimonio á Constantino. Sin embargo, Irene faltó al convenio y obligó á su hijo á casarse con la armenia María, quizá enojada porque Carlomagno se había apoderado del ducado de Benevento, quitandoselo á los longobardos, á pesar de que ella lo había tomado bajo su patrocinio. Muy en breve se cansó Constantino de la mujer que le había sido impuesta, y tomó aversión á su madre. Descontentos los cortesanos de ver la auto-

ridad en manos de una mujer que sabia ejercerla, le repetian que era tiempo de sacudir la tutela y de tomar de hecho el gobierno con que estaba investido de nombre. Decidióse, pues, á ello, y empezó por querer sorprender á Saturacio, primer ministro de Irene. Oyólo Saturacio, é informó de ello á la emperatriz, que condenó á todos los cómplices de Constantino á la pena de azotes y al destierro. Su hijo fué confinado á un aposento del palacio, y el Senado y el ejército se vieron obligados á reconocerla por única soberana.

Algunas legiones que tenian sus cuarteles en Armenia, se negaron á someterse, y su ejemplo arrastró á las demás, proclamando á Constantino todas ellas (790). En vista de esto, su madre no tuvo más arbitrio que restituírle la libertad. Reintegrado el emperador en el poder devolvió á sus parciales sus empleos, y desterró á Saturacio con todas las hechuras de su madre, después de haberles mandado azotar por las calles de la ciudad. Además, mandó llevar á Irene con un rigor respetuoso á un palacio que ella habia construido y atestado de tesoros. Pero á su regreso de una expedicion contra los búlgaros, restituyó á su madre una autoridad que tan perfectamente sabia emplear en provecho del Estado.

Entonces, lisonjeado por felices pronósticos, marchó de nuevo contra los búlgaros, pero perdió en esta expedicion la flor de sus soldados y oficiales. Hizole suspicaz la vergüenza de su derrota, y mandó sacar los ojos á Nicéforo, á sus demás tíos y á Alejo Mosolo, comandante de las legiones de Armenia. Estas legiones, que habian negado constantemente la obediencia á Irene para favorecer á Constantino, se declararon en abierta rebeldia (795), derrotaron y cegaron á los oficiales enviados contra ellas, viéndose recompensadas tan inicuamente. Llegando el emperador á atacarlas en persona, las puso en derrota, mandó ejecutar á todos los oficiales, y llevó á los soldados encadenados á Constantinopla, desde donde fueron diseminados en las islas.

De esta manera socavaba los cimientos de su poder. Regocijóse la ambiciosa Irene de ver la destrucción de aquellos tenaces enemigos, y para hacer odioso á su hijo, le aconsejó repudiar á Maria, á quien amaba poco, para casarse con Teodeta, una de sus damas. Entonces empieza á discutir el clero sobre la validez del contrato y sobre la del divorcio. Desciende la division hasta las filas del pueblo, é iba á sacudir todo yugo cuando sobrevinieron los búlgaros y los sarracenos. Unos y otros fueron rechazados; pero Irene conspiró con los principales oficiales para deponer á Constantino, quien, preso por estos últimos en el momento en que huia de Constantinopla, fué privado de la vista de tan mala manera, que á los pocos dias murió (19 de agosto de 787). Dos de sus tíos, que se habian refugiado en Santa Sofia, fueron confinados á Atenas, y muertos al poco tiempo en un tumulto que querian suscitar. Con ellos acabó la raza de Leon el iconoclasta.

Irene.—Irene, la primera mujer que ocupó en su propio nombre el trono de los Césares, se concilió la voluntad del pueblo favoreciendo el culto de las imágenes. A instancias del patriarca Tarasio, habia convocado un concilio, al cual debian asistir los legados del papa Adriano; pero fué dispersado por el ejército que estaba en favor de los iconoclastas.

VII Concilio general.—Cuando se apaciguó el tumulto, la emperatriz reunió en Nicea hasta trescientos setenta y siete obispos (24 setiembre 787), que aceptaron los seis concilios generales, rechazando el de los iconoclastas convocado por Constantino. Espresaron su decision de este modo: «Sean espuestas las santas imágenes pintadas ó esculpidas, del mismo modo que la cruz en las iglesias, sobre los vasos y ornamentos sagrados, en las paredes, en las casas, en las calles, porque esto nos recuerda y nos induce á amar á Jesucristo, á su madre, á los apóstoles y á los santos. Ríndase á éstos el saludo de honor, no la adoracion debida solamente á la naturaleza divina. Se quemará incienso y se encenderán antorchas delante de las imágenes, como se hace con la cruz, con los Evangelios y con las demás cosas sagradas; porque el honor que se tributa á las imágenes se refiere á aquellos á quienes representan. Tal es la doctrina de los Padres y la tradicion de la Iglesia católica.»

Favorable al culto de las imágenes, fundadora de monasterios y hospitales, piadosa en las prácticas exteriores, no causó estrañeza que Irene haya sido encomiada por los autores eclesiásticos como una nueva Elena, no obstante que su ambicion la arrastró á dar muerte á su hijo y maltrató á sus cuñados. Es verdad que comunicó actividad al comercio, emancipó de un tributo anual á los ciudadanos y se aplicó incesantemente al alivio del mayor número. Burlándose los sarracenos de un imperio gobernado por una mujer, se presentaron armados delante de las puertas de Constantinopla, y tomaron la vuelta cargados de botin. No contento su favorito Saturacio con el segundo lugar aspiró al primero: habiendo sido desbaratados sus proyectos, para castigarle se limitó á prohibir que le visitara persona alguna: y tanta bondad le conmovió hasta el punto de morir de pesadumbre.

Carlomagno envió á Irene una embajada solemne anunciándole su coronacion como emperador de Occidente (800), y le propuso sellar una paz duradera entre ambos imperios, dándole su mano. Sonrió la proposicion á la emperatriz; pero pareció á los eunucos que seria cobarde reconocer una usurpacion de este modo; y principalmente Aecio, eunuco omnipotente, que se habia propuesto unir con Irene á Leon, su propio hermano, gobernador de la Tracia y de la Macedonia. Este Leon tampoco convenia á los magnates, quienes temerosos de que Aecio realizara sus planes, fijaron sus ojos en Nicéforo, patricio opulento.

Nicéforo.—Entonces divulgaron la noticia de que Irene se queria casar con Carlos y trasladar á Occidente la sede del imperio, dejando que Bizancio

volviera á ser lo que era antes de Constantino. Después de enagenarle los ánimos á beneficio de estos rumores y con otros más, asaltaron el palacio de Irene, y condujeron á Nicéforo á Santa Sofia (31 octubre de 802), donde fué coronado en medio de los aplausos de los nobles y de las imprecaciones de la muchedumbre. Nicéforo se mostró respetuoso respecto de Irene, hasta el momento en

que reveló el sitio donde habia depositado sus tesoros. Violando entonces su solemne promesa la confinó á un monasterio, y luego á Lesbos, donde murió de pena (803) (9).

(9) Ἐκ λύπης καὶ ἀθυρίας. CEDRENO.